

David Pinner



# Ritual

Traducción de Regina López Muñoz



ALPHA DECAY

## NOTA SOBRE «RITUAL»

Qué fácil es minusvalorar la naturaleza en el siglo XXI, considerarla como algo supeditado a un mundo cada vez más urbanizado. Cultivamos plantas en macetitas que colocamos en los antepechos de las ventanas; crecen hierbas aromáticas en nuestros balcones; y parques y jardines son como salones de belleza al aire libre, con cuidadísimos rosales y setos podados al milímetro. Sin embargo, basta una excursión al campo (el jersey que se engancha a un espino, la pierna que roza una ortiga) para recordar quién es el que manda, lo insignificantes que somos cuando se amplía la perspectiva. Y cuanto más al oeste de Londres, más clara resulta la evidencia; no porque la naturaleza se muestre más salvaje que en otras partes del Reino Unido, pero sí menos conocida, y se va haciendo más y más extraña hasta que su alteridad nos eclipsa por completo. Su población no minusvalora la naturaleza. Allí habitan los monstruos: en los páramos y las desiertas e interminables carreteras de Wiltshire, bajo los perturbadoramente llamados Hangers de Hampshire,<sup>1</sup> tras la fotogénica fauna que jalona las desconocidas ciénagas del New Forest, y más lejos aún, en el Parque Nacional de Dartmoor.

El año pasado, durante un viaje a Wiltshire, me sentí atraído por el Mizmaze, un laberinto circular de verdor ubicado —al parecer— en una intersección de caminos de herradura procedentes de Breamore House, cerca de

<sup>1</sup> Por su etimología, *hanger* hace pensar en ahorcados. (*Esta nota, al igual que las sucesivas, es de la traductora.*)

Downton. Me pareció que aquel lugar, a media hora a pie de la vivienda más cercana y en lo alto de una frondosa cresta, rebosaba embrujo. Dio la casualidad de que en el corazón del dédalo encontré una paloma torcaz muerta. Pocos días antes, la visión de una rata decapitada en una callejuela del distrito de Clapton me había provocado náuseas; en cambio, el aire de aquella área rural y pura de Wiltshire es tan distinto al cada vez más aburguesado ambiente del este de Londres que me pareció que si había allí un ave muerta era por algún motivo. Tenía que haber una razón. Al fin y al cabo, me encontraba apenas a unos pocos kilómetros de Avebury, el lugar donde se había rodado aquella serie juvenil sobre misteriosos cultos ancestrales, *Los chicos de Stone*.

En 1967 fueron dos las novelas que retrataron la naturaleza de la «Alegre Inglaterra» como entidades totalmente ajenas al National Trust: una de ellas fue *Old Crow*, de Shena Mackay. En ella, la mujer más bella del pueblo, Coral Fairbrother, provoca el malestar de sus moralizadores vecinos, y tanto ella como su familia sufren una implacable persecución enmarcada en un estallido de maldad a gran escala. En ese ambiente rural «el perifollo se cocía a fuego lento entre la hierba» y los «peces ensangrentados yacían en las márgenes del río». El pueblo de Mackay hiede a pobreza, a pintura desconchada y a odio.

La segunda novela es *Ritual*, de David Pinner. Nacido en Peterborough en 1940, Pinner se formó en la Royal Academy of Dramatic Art entre 1959 y 1961. Tras interpretar a varios personajes de Shakespeare en teatros de todo el Reino Unido, en el momento en que escribió su primera novela, *Ritual*, encarnaba al sargento Trotter en *La ratonera*.

Al igual que *Old Crow* y su «amargo olor a árboles viejos», *Ritual* ofrece una estampa rural de lo más acre. Ya en la primera página una mariposa y un cuervo revolotean alrededor del cadáver de Dian Spark, quien a su vez está rodeada de flores de ajo y ramas de roble quebradas. Sin embargo, al contrario que Coral Fairbrother, David Hanlin —el protagonista de la novela— es quien altera el orden establecido. David es policía, aunque le iría mejor la etiqueta de «madero» dada su afición a ocultarse permanentemente tras unas gafas de sol. La primera pista de que no todos los elementos de *Ritual* se ajustarán al paradigma de novela policiaca *pulp* es que si Hanlin lleva las gafas es más bien por motivos médicos, y no por afán de adoptar un aura de misterio despótico. Nuestro protagonista abandona las oficinas de Scotland Yard y llega en tren a Cornualles con el fin de sumergirse en la investigación de una muerte cuyas circunstancias, en principio, no resultan sospechosas. Para impulsar sus pesquisas miente sin cesar, pero al mismo tiempo uno de sus rasgos más destacados es un terco puritanismo que rechaza de pleno la mentira. David Pinner llega a intervenir en medio de un diálogo para opinar con voz propia: «El señor David Hanlin es un homo sapiens de lo más antipático, ¿no creen? Hay algo en él que recuerda a las vísceras de un conejo abierto en canal. ¡Enfermizo, sin duda!».

Si bien Hanlin es pura contradicción, el grotesco elenco del pueblo sólo interviene para volver su búsqueda aún más estéril. La madre de Dian Spark, predecesora de la madre de Laura Palmer, es una mujer que se deshace en gritos de horror y a los cinco minutos parece poseída por una inexpresiva calma. El afeminado y bigotudo Lawrence Cready, con su malvado ingenio, es capaz de sondear y torcer la voluntad de Hanlin. Los niños son crueles, sin

excepción. Hanlin trata de abrirse paso entre arbustos y podridas puertas conquistadas por la hiedra, pero los hechos se le siguen escapando al tiempo que se va hundiendo cada vez más en la trampa salvaje del paisaje campestre.

Si por algo es recordada *Ritual* es por ser la novela que Anthony Shaffer quiso llevar a la gran pantalla hasta que decidiera escribir un guión distinto para la sin duda similar *The Wicker Man* (*El hombre de mimbre*). En 1972, Shaffer fundó un consorcio junto con el actor Christopher Lee y el director de la productora British Lion, Peter Snell, y comenzó a estudiar la posibilidad de emprender un proyecto cinematográfico basado en *Ritual* —que Shaffer había leído—; cada uno puso cinco mil libras de su bolsillo para comprar los derechos cinematográficos, aunque dicho proyecto pronto quedó descartado debido a que Shaffer no terminaba de ver la obra adaptada a la gran pantalla. Recurrió entonces a su amigo Robin Hardy y ambos pasaron un fin de semana barajando ideas hasta que tuvieron lista la estructura de una trama. *The Wicker Man* se centraría en la figura de un policía escocés de profundas convicciones religiosas que investiga la desaparición de una niña en la isla de Summerisle. Shaffer se enorgullecía de las investigaciones que llevó a cabo para perfilar los detalles de aquella comunidad remota asentada en una isla dejada de la mano de Dios, si bien pecó de seleccionar sólo los aspectos más amables de un auténtico culto pagano. Con su muy evocadora banda sonora y —por una feliz casualidad— su estética ocre y desvaída, *The Wicker Man* ha ido ganando fuerza y peso con el paso de los años; tanto es así que hoy en día podemos afirmar que ha trascendido el estatus de filme de culto y en la sombra para convertirse en la película británica de terror más apreciada.

La afirmación de Shaffer de que la suya no era una adaptación de *Ritual* puede resultar algo capciosa. Por poco probable que nos parezca que el sargento Howie de *The Wicker Man* pudiera haber hecho buenas migas con el inspector David Hanlin, es innegable que comparten una puritana abnegación. Por lo demás, existen más paralelismos evidentes entre otros personajes: Anna Spark tiene mucho que ver con la núbil y sexualmente liberada Willow, interpretada en el filme por Britt Ekland; Lawrence Cready debió de servir de inspiración para el sórdido dueño de la posada, Alder MacGregor, a quien dio vida en la película el actor de mimo Lindsay Kemp. Y la jocosamente negra teoría de Lord Summerisle de que Jesucristo «tuvo su oportunidad» y sin embargo, en román paladino, «la pifió», posee los ecos del florido lenguaje del párroco de la localidad de Thorn, el reverendo White, quien sugiere que la brujería existe «*un peu* en Anglia Oriental, pero yo, personalmente, respaldado por Dios, ya me he encargado (¡qué duda cabe!) de desterrar de mi feligresía cualquier atisbo de sombra». De la misma manera, en la novela tiene lugar una mascarada en la playa donde queman a un caballo en lugar de a un hombre, una imagen que Shaffer también tomó prestada de *Ritual*.

El discreto (aunque prolongado) éxito de *The Wicker Man* conllevó que *Ritual* permaneciera del todo en la sombra. Aunque sólo firmó un par de novelas más, David Pinner ha seguido escribiendo celebradas obras de teatro, muchas de las cuales se encuadran en el ámbito de lo político (como *An Evening With The GLC*, de 1974, en la que un concejal laborista y su esposa se ven atrapados en un debate televisivo presentado por su hijo, o la comedia *Lenin In Love*), y aunque parezca alinearse en la izquierda, disfruta burlándose de la extrema izquierda tan-

to como disfrutó mofándose de la policía y el clero en *Ritual*. Otras obras de Pinner, sin embargo, están más emparentadas con su primera novela. En el mismo año en que se publicó *Ritual*, Glenda Jackson se subía a las tablas para interpretar a una vampiresa lesbiana en *Fanghorn*. Pocos años después se sucedieron cuatro interesantes piezas agrupadas bajo el nombre de *Seasons Quartet*: en *Revelations*, un extraordinario extranjero es proclamado mesías después de que acuda al auxilio de un pueblo encaramado en lo alto de un acantilado que ha quedado devastado por una tormenta; *Midsummer* presenta a los últimos sindicalistas estalinistas del Reino Unido y a dos parejas de amantes que creen poder transformarse a sí mismos y a los demás; *All Hallow's Eve* es un cuento psicológico de fantasmas protagonizado por dos hermanas, Francesca y Lucinda, que exploran los eróticos demonios de su pasado; y en *Lady Day*, Katya descubre que su marido tiene una aventura con su mejor amiga y se traslada, en pleno invierno, a una ruinoso casita de campo con el fin de reinventar su vida, con el resultado de que todos los hombres que conoce vuelven a enamorarse de ella. Tiene uno la sensación de que, por mucho éxito que haya obtenido gracias a *The Wicker Man*, Shaffer hubiese sacado mucho más material del resto de la obra de David Pinner.

Pero tanto *The Wicker Man* como *Ritual* permanecieron ocultas, fuera del alcance del público durante décadas, y lo mismo pasó con la banda sonora del filme (que al final fue hallada en una casa de la zona del Wirral, muy lejos de las Tierras Altas escocesas). Cuando el fundador del sello Finders Keepers Records, Andy Votel, estaba a punto de pagar trescientas libras por un ejemplar de *Ritual* pensó que no estaría de más echar un vistazo en la biblioteca de su pueblo (Marple, Cheshire). Naturalmen-

te, allí estaba: en una estantería, sin que nadie lo hubiese tocado en más de cuarenta años.

Quien busque en *Ritual* el precedente de *The Wicker Man* sufrirá una decepción, pero una imagen como la de la (posible) metamorfosis de Dian Spark en la mariposa que se posa en el pecho de su madre durante una sesión de retorno a la paz materna en medio de la violencia resulta tan estremecedora, inquietante y colorida como las escenas en el cementerio de la película. Los opulentos diálogos de *Ritual*, con la estomagante fecundidad del paisaje y el deteriorado pueblo que nos muestra Pinner, bastan para poner al libro a la altura de su ilustre sucesora. Pero queden ustedes advertidos: igual que *The Wicker Man*, igual que *Old Crow*, es muy posible que esta novela les haga replantearse sus sueños de abandonar la ciudad e irse a vivir a un tranquilo rincón junto a un surrante arroyuelo.

BOB STANLEY, noviembre de 2010

Bob Stanley escribe crítica musical para *The Guardian*, *The Times* y la revista *Mojo*. Ha comisariado ciclos de cine en el British Film Institute y el Barbican Center, ha sido productor de un documental sobre el Hendon Football Club, y es miembro de la banda de pop Saint Etienne.



Era un roble muy viejo. Una de las ramas más bajas se había quebrado recientemente. A unos dos metros más abajo, alguien había clavado al tronco la cabeza de un simio y tres flores de ajo con un alfiler de sombrero. Sin embargo, la niña que dormía bajo la sombra del roble parecía ajena tanto al árbol como a sus extraños aderezos. Ni siquiera se dio cuenta de que un grajo aleteaba hacia ella. Tampoco se percató del bisbiseo que producía la sangre al brotar de entre sus incisivos y deslizarse garganta abajo. La sangre no tardó en mancharle el pelo color maíz, pero ni por éstas se percató la niña. Porque no estaba dormida. Dian Spark tenía ocho años y estaba muerta.

Apretaba contra el muslo un ramillete de ajo, pero eso le pasó desapercibido al cuervo cuando, con una sacudida, se desplazó del tobillo a la rótula de la niña. Otro asunto concitaba su atención. Dos veces intentó picotear a la mariposa y dos veces falló. El insecto era demasiado veloz para él: revoloteó de manera provocadora alrededor de su pico antes de posarse en la nariz de la chiquilla. De nuevo atacó el cuervo, pero esta vez la mariposa desplegó sus alas amarillas y alzó el vuelo.

Zigzagüeo unos quinientos metros hasta dar alcance a Gilly Rowbottom. Le rozó una oreja, pero de esto Gilly no se dio cuenta. Ella sólo pensaba en que tenía que alejarse del cadáver de su amiga; la mariposa, por su parte, no se detuvo, pues tenía que ir a otro sitio. A Gilly el aliento le ardía en la garganta, agostada por la sed. Corría tan aprisa como le daban las piernas, con las rodillas casi rozándole el mentón. Antes siquiera de que

le diera tiempo a reaccionar pasó chapoteando sobre un riachuelo, y el barro se le coló por dentro de los calcetines. Jamás en su vida había tenido tantísimo miedo. Y entonces, al compás de su respiración, oyó el tañido dominical de las campanas de la iglesia de St. Peter, que la estimuló a atravesar más y más deprisa la hierba tupida y los maizales. En ese momento, por el rabillo del ojo vio que tres jornaleros le hacían señas. Los ignoró, así que le gritaron:

—¡Oye! ¿Qué es lo que pasa, chiquilla? ¿A qué tanta prisa?

No les hizo ningún caso y siguió corriendo. Como por instinto, los hombres percibieron su miedo y fueron tras ella. La niña, resollando, se resistía a mirar atrás. Lo único que quería era llegar al pueblo, pero tenía la sensación de que no lo conseguiría. Le dolía muchísimo la garganta, y el vómito le subió desde el pecho hacia la boca. Sin embargo, consiguió detenerlo haciendo uso de su fuerza de voluntad. Aún le llegaba el sonido de los jornaleros que iban tras ella. Dio un último traspié por las zarzas de las inmediaciones del bosque antes de irrumpir, jadeante, en la calle mayor.

Le resultó más fácil correr a partir de ese momento; a la izquierda desfiló ante la carnicería del matagatos, a la derecha dejó el ayuntamiento, y de nuevo a la izquierda vio la iglesia de St. Peter, nítida bajo la luz del sol matinal. Ya casi había llegado a casa.

Thorn no era muy diferente a cualquier otro pueblo de Cornualles. Y a Gilly le pasaron desapercibidas las casitas isabelinas y la taberna, «Dedos verdes en el pelo», mientras corría con la noticia aquella calurosa mañana de domingo. Apenas unos segundos antes de llegar al cementerio anejo a la iglesia, y justo cuando sorteaba de

un brinco una sepultura nueva, vio que sus padres se dirigían hacia ella de camino a su visita mensual a la iglesia. Pero no se detuvo. Antes que nada debía contárselo a los padres de Dian. Sabía que su padre jamás lo entendería, de modo que se coló entre sus piernas y dejó atrás el camposanto. Conforme desaparecía, los gritos malhumorados del padre le dieron la razón.

—¡Eh! ¿Adónde diablos te crees que vas, Gilly, hija mía? ¡Vuelve aquí ahora mismo! ¡Te digo que vengas!

El señor Rowbottom apenas si había terminado de chillarle a su hija cuando los tres peones le pasaron rozando. Aparte de provocarle un ligero fastidio, casi no reparó en ellos. Pegó la barbilla al cuello, se olvidó cruelmente de su hija y penetró en la tumba de Dios. Con similar impavidez, la señora Rowbottom hizo lo propio. A ambos les desagradaba la iglesia con progresiva intensidad. Al tiempo que se internaba en el templo, la mujer se secó el sudor que le brotaba bajo el flequillo y acto seguido parpadeó muy deprisa, deslumbrada por la luz gélida que filtraba la vidriera.

Tras coger los devocionarios, tomaron asiento en el banco de siempre y observaron con frialdad a sus vecinos. La señora Rowbottom devolvió con un leve asentimiento de cabeza la sonrisa que le dedicara Fenn, el terrateniente. A continuación dedicó una amplia e intencionada sonrisa a Lawrence Cready, actor jubilado, cuando la música del órgano hizo retumbar los peldaños del presbiterio. Cerró los ojos, pues la blancura de la cruz del altar le quemaba. Casi al unísono, el marido los cerró también.

Lawrence Cready observó divertido a la pareja y dio a sus laqueados bigotes la forma de una cornamenta de toro. Fenn el terrateniente miraba al actor y silbaba una

melodía isabelina. Y todos ellos se alegraban de que sólo faltaran tres días para el solsticio de verano.

La misa acababa de comenzar cuando Gilly dobló la última esquina, haciéndose un corte en la pantorrilla con una farola. Cruzó la calle a la carrera y a punto estuvo de ser atropellada por un camión que transportaba sustancias químicas. Llegó sin aliento a la tienda de golosinas de los Spark. A través del escaparate vio que el padre de Dian abría una enorme caja de cartón que decía: MUÑECAS. ATENCIÓN, FRÁGIL. Retiró el papel de seda y alzó una muñeca desnuda y rosada hacia la luz del sol que centelleaba a través de los tarros de caramelos. Medía unos diez centímetros. A continuación comprobó la correcta articulación de brazos y piernas, que con un chirrido trazaron arcos en el aire igual que si fueran hélices rosas.

Las venderé a seis machacantes cada una, pensó el hombre.

De repente, un tarro de bolitas de anís cayó con un ruido sordo al suelo de linóleo. El señor Spark se giró.

—¡Gilly, por lo que más quieras, ten cuidado con los frascos! Oye, ¿por qué lloras? ¿Qué es lo que pasa?

La agarró con delicadeza por los hombros, pero ella se zafó y cruzó a trompicones la cortinilla del fondo que separaba el negocio de la vivienda familiar. Avanzó sin dejar de sollozar hasta la cocina, donde la señora Spark preparaba mermelada de fresas con la ayuda de su primogénita, Anna, de veintitrés años, una bomba sexual muy orgullosa de serlo. Cuando la niña irrumpió en la cocina, ambas se dieron la vuelta para mirarla.

—¡Dian está muerta! —espetó Gilly—. ¡Muerta! ¡Se ha desnucado! ¡Se ha caído del roble gigante y se ha roto el cuello!

Al otro lado de la calle, los tres jornaleros habían vis-

to que Gilly entraba en la tienda de chucherías, pero no terminaban de decidirse a seguirla. Discutían los pros y los contras.

—¿Y entonces cómo es que iba como alma que lleva el diablo, James? ¡Jamás había visto correr así a una niña! ¡Jamás en la vida!

—¡Y a nosotros qué más nos da, caray! Mejor será que volvamos a la faena.

Una vez convenida la estrategia que debían seguir, James y los otros dos volvieron sobre sus pasos, desfilando de nuevo ante la iglesia. El sonsonete de los himnos victorianos zumbaba en las calles tomadas por el verano. James escupió entonces, de forma inesperada, sin un objetivo concreto. La saliva se escurrió de la lápida donde había aterrizado. James era lanzador de escupitajos a larga distancia, y tenía una excelente puntería.

Mientras los peones avanzaban de vuelta al maizal, el señor Spark zarandeaba a Gilly contra el fregadero, sin ser consciente de lo que hacía.

—¡Gilly, dinos la verdad! ¿Cómo ha podido desnucarse? ¡Se le da de maravilla trepar, y tú lo sabes!

—Sí, señor Spark, ¡se le daba mejor que a mí, eso es verdad! Pero ha resbalado de una de las ramas más gruesas... ¡Ha sido visto y no visto! Ha dado una especie de voltejeta en el aire y se ha partido la crisma contra la hierba... ¡Ay, cómo gritaba...! ¡Cómo gritaba...!

La cara de Anna se contrajo. Quería hacer un montón de preguntas sobre su hermana, pero no le salían las palabras. Gilly seguía tartamudeando cuando los ojos de la señora Spark emitieron un destello como el de la luz al reverberar en la hoja de un cuchillo bien afilado.

—Vamos Gilly, ¿qué ha pasado en realidad? ¡Cuéntanos la verdad! ¿Quién la ha matado? ¿Quién?

—¡Nadie! ¡Nadie! ¡Ha sido como le estoy diciendo, señora Spark! ¡Se lo prometo! ¡Resbaló y se cayó de una rama...!

Con el sol tras su negra melena, la señora Spark agarró a Gilly de una muñeca.

—¡Venga, Gilly, di la verdad! ¡La verdad!

El señor Spark se dio cuenta en seguida de adónde pretendía llegar su esposa y liberó a la niña de sus garras.

—Está bien, Gilly, está bien. Yo te creo, aunque mi mujer diga que mientes. ¿Estás segura de que ha muerto, Gilly? ¿Completamente segura?

—Sí, señor Spark.

—¿Seguro? —insistió la señora Spark.

—¡Que sí! ¡Sí, sí!

Hubo una pausa. Se habían quedado paralizados. Nadie sabía qué hacer.

Por fin, el señor Spark preguntó con parsimonia:

—¿Nos puedes llevar al sitio donde ha ocurrido, Gilly, por favor?

El señor Spark no lloraba. Quería, pero el agua no acudía a aliviarle las comisuras de los ojos.

—Por favor, Gilly...

Gilly asintió muy despacio con la cabeza a la vez que las lágrimas le brotaban de las pestañas. Recordó la sangre en los labios de Dian, las flores clavadas al árbol, la cabeza de simio, el viento... Y el inagotable rumor del mar al rasguear los guijarros. Y, a lo lejos, el extraño y agudo sonido de la flauta.

La señora Spark interrumpió abruptamente la ensoñación de la niña.

—Dime si unos hombres... Y ya sabes a qué me refiero... Si unos hombres la llevaron a una hoguera. ¿La hicieron bailar? ¡Ya sabes a qué me refiero...!

—¡No, no, no! ¡Allí no había nadie más que nosotras!  
¡Nadie!

Los ojos verdes de la señora Spark parecieron agrandarse en su rostro hasta convertirse en esmeraldas nocturnas. Gilly sentía que su infancia estaba siendo aniquilada.

—¡Dímelo, Gilly! ¡Por tu bien te aconsejo que lo hagas, o se te hará muy difícil dormir sin tener pesadillas!  
¡Dímelo!

Gilly ya no aguantaba más. De su boca salió un largo grito y se echó corriendo a la calle. Volvió a poseerla la velocidad y sintió la tensa musculatura dolorida y la saliva caliente en la garganta. La señora Spark la había aterrorizado, como de costumbre. No había llegado muy lejos cuando oyó tras de sí otro par de pies que corrían; sin embargo, no se atrevió a girar la cabeza para ver de quién se trataba. Los pies la alcanzaron y de la nada surgió una mano que la asió de un hombro. Soltó un chillido cuando una cabeza calva se interpuso entre ella y el sol. Era el señor Spark. Aun así, siguió chillando hasta que se dio cuenta de que el hombre lloraba; entonces el chillido dio paso a un gimoteo húmedo. Le rodeó el cuello con sus brazos para consolarlo. Él, a su vez, le acarició el pelo rubio. Era un llanto natural, sincero. Cuando cesaron las lágrimas, cogió en brazos a la niña y la condujo a la comisaría de policía. Aunque pesaba bastante, no lo notó.

Los visillos de las casitas de campo volvían a su sitio a medida que la cabeza pelada del señor Spark avanzaba por la calle principal con Gilly apretada contra su hombro. En ese momento se iniciaron los susurros: unos susurros que inundaron las viviendas a la espera de que el futuro los oyese. Y las rosas escuchaban con atención.

Media hora más tarde, Gilly corría entre los árboles seguida del señor Spark, el sargento de policía del pueblo y un agente. Nada más llegar al roble, señaló el cuerpo sin vida. El cuervo, que no se había movido de allí, manifestó su descontento con un graznido. Gilly lo espantó. Y el señor Spark quiso fundirse en un abrazo con su hija muerta.

—¡No, se lo ruego, no la toque, caballero! —lo interrumpió el sargento—. Tenemos que examinar el cadáv... Digo... Tenemos que examinar a su hija.

El señor Spark se apartó en el momento en que el sargento se inclinaba sobre Dian. Los policías acusaron la ausencia de huellas dactilares o pisadas, aparte de las que habían dejado la difunta niña y Gilly. Pasados unos instantes, el sargento se dirigió a la llorosa silueta del señor Spark.

—Parece que ha sido por causas naturales, caballero. Un accidente.

Conforme decía estas palabras, un muchacho ataviado con una gabardina beis surgió inopinadamente de detrás de una haya.

—¡Eh, tú! —vociferó el sargento—. ¡Aquí no hay nada que ver, venga, circula!

El joven exhibió una tarjeta de prensa y el sargento, de mala gana, dejó que se quedara. Entonces, el intruso se sacó una camarita del bolsillo del chubasquero y sacó una rápida fotografía al cadáver.

—No creerá usted que va a publicar eso, don sonrisas —repuso el sargento—. ¡Porque de eso nada!

—Eso ya lo veremos, ¿no cree, sargento? ¿Se ha fijado en las flores de ajo que lleva la niña en la mano?

El sargento no se había fijado.

—¡Pues claro que sí! ¿Y qué pasa?

El joven sonrió abiertamente.



—Muy bien. Entonces ya sabe por qué voy a publicar la foto.

El sargento no tenía ni idea.

—¡Por encima de mi cadáver, sonrisas!

El cuervo parpadeaba en el roble, deseoso de que los humanos se marcharan. Que se murieran o se largaran. Estaba hambriento.

La cabeza de mono y las flores de ajo habían desaparecido del tronco. Gilly se había dado cuenta, pero no dijo nada.